



FACULTAD DE ESTUDIOS GENERALES LETRAS

LA INFLUENCIA DE LOS MITOS DEL AMOR ROMÁNTICO EN LA ACEPTACIÓN DE
LA VIOLENCIA DE PAREJA ADOLESCENTE

Monografía que como parte del curso Investigación Académica
presenta el alumno(a):

ALONSO EFRAIN CUAREZ APAZA
20195956

NATALY ESPINOZA
GIMENA BURGA

LIMA, 2021

Resumen

La presente investigación analizó la influencia de los mitos del amor romántico en la aceptación de la violencia de pareja adolescente, mediante la utilización del método bibliográfico. Para ello, se organizó el trabajo en dos capítulos. En el primero, se explicó la etapa de la adolescencia y los mitos del amor romántico en dicho periodo. En primer lugar, se describió el desarrollo de la identidad durante la adolescencia, a fin de conectarlo con el surgimiento del interés en la relación de pareja. En segundo lugar, se describió el amor romántico según teorías psicológicas y se identificaron sus mitos en la adolescencia. En el segundo, se demostró la influencia de los mitos del amor romántico en la aceptación de la violencia de pareja adolescente. Por un lado, se explicó el amor romántico a partir de teorías psicológicas y se identificaron sus mitos en esta etapa. Por otro lado, se explicó su vínculo mediante la identificación de los mitos del amor romántico como facilitadores del surgimiento de violencia de pareja en la adolescencia y se los reconocieron como justificantes de la misma. Finalmente se concluyó que su influencia radica en que posibilitan el ejercicio de la violencia física y funcionan como excusas para que este fenómeno y sus consecuencias sean perdonados, lo cual evita terminar una relación abusiva.

Palabras clave: mitos del amor romántico, violencia de pareja, adolescencia

Tabla De Contenidos

Introducción.....	ii
Capítulo 1: Los Mitos del Amor Romántico en la Adolescencia.....	1
Capítulo 2: La Influencia de los Mitos del Amor Romántico en la Aceptación de la Violencia de Pareja Adolescente	14
Conclusiones.....	28
Referencias.....	30

Introducción

La violencia de género es un tema de preocupación pública en la actualidad. Según la Defensoría del Pueblo (2020), se registraron 132 feminicidios y 204 tentativas en el año su publicación. Esta data es alarmante al considerar que el INEI (2018) descubrió que, cuando se trata de violencia de pareja, el 47,8% de víctimas no denuncia ni busca ayuda, principalmente, por no considerarlo necesario. En este sentido, el dato anterior evidencia que la aceptación del abuso y maltrato dentro de una relación de pareja es una constante. Asimismo, este hecho podría explicarse por la asimilación de una posición social naturalmente jerarquizada, que se manifiesta en las relaciones amorosas (Echeburúa et al., 2009).

Dicha internalización se logra, en parte, por la difusión de una narrativa sobre la realidad, que determina la manera en la que las personas viven distintas experiencias como el amor y los mitos que se construyen sobre él (Lucariello, 2012). En relación a ello, esta investigación busca analizar la influencia de los mitos del amor romántico en la aceptación de la violencia de pareja adolescente, pues, en tanto son aprendidos mediante la socialización, la dificultad para desmentirlos será menor cuando no están tan sedimentados.

La violencia de pareja es un fenómeno social que se caracteriza por el abuso en una relación afectiva consentida entre agresor y víctima (Echeburúa et al., 2009). Al respecto, diversos estudios comprueban que, predominantemente, el rol del victimario lo ejerce el varón y la mujer, el de víctima. Ante esta afirmación, resulta coherente suponer que el ejercicio de violencia se presente de manera similar en el noviazgo adolescente. Ello porque aprenden y reproducen un conglomerado de códigos de conducta apropiados para ellos según su género, a través de la socialización diferenciada (Ferrer y Bosch, 2013).

Una de las diferencias en el aprendizaje se relaciona con la forma de interpretar el concepto y expectativas del amor, y el rol de ambos miembros de la relación, lo que implica que entienden y experimentan el amor de distinta manera (Merino, 2016). Entonces, para lograr garantizar el modelo de pareja adecuado para la sociedad, se construye discursivamente el amor verdadero: el romántico (Resurrección y Córdoba, 2020). Es preciso destacar que los mitos que se construyen sobre este tipo de amor son fantasiosos y lo idealizan. Además, son inculcados desde la niñez y comienzan a ser manifestados durante la primera relación romántica, la cual surge en la adolescencia, generalmente.

Es por lo anterior que se afirma que los mitos del amor romántico facilitan el surgimiento de conductas violentas y la justifican en la pareja adolescente. Por un lado, encubren la transición de la violencia coercitiva a la física. La afirmación previa se sustenta estudios que concluyen que estas creencias valoran positivamente este tipo de agresiones y no permiten reconocerlas como dañinas (Lucariello, 2012; Merino, 2016). Por otro lado, estas narrativas románticas sirven como excusas para dicho fenómeno social y sus consecuencias, debido a que establecen una relación natural entre estos actos y el amor (Nava-Reyes et al., 2018; Bisquert-Bover et al., 2019).

De esta manera, los mitos del amor romántico llevan a los adolescentes a idealizar el amor, y negar, invisibilizar o justificar la violencia de pareja. En este sentido, funcionan como argumentos para permanecer en una relación abusiva. Asimismo, es importante destacar que la idea que construyen sobre amor es asimilada diferencialmente, pues está asociada a prejuicios de género. En consecuencia, se sitúa a la mujer en una posición de mayor vulnerabilidad a sufrir agresiones (García y Gimeno, 2017; Resurrección y Córdoba, 2020).

En este sentido, el objetivo general de la presente investigación es analizar la influencia de los mitos del amor romántico en la aceptación de la violencia de pareja adolescente. Para ello, en el primer capítulo se explorarán los mitos del amor romántico en la

adolescencia. En primer lugar, se explicará dicha etapa y se describirá, en especial, el desarrollo de la identidad. Luego, se describirá el surgimiento del interés en la relación de pareja. En segundo lugar, se describirá el amor romántico según teorías psicológicas. Además, se identificarán los mitos con mayor presencia en los adolescentes.

En el segundo capítulo, se demostrará la influencia los mitos del amor romántico en la aceptación de la violencia de pareja adolescente. Por un lado, se explicará el fenómeno de violencia, por lo que se describirán sus tipos, según la forma en la que se ejerce. Asimismo, se identificarán sus consecuencias inmediatas y a largo plazo. Por otro lado, se explicará el vínculo entre las creencias sobre el amor y la violencia de pareja adolescente. Con esta finalidad, se los identificará como facilitadores de comportamientos agresivos, y se los reconocerá como justificantes de dicho fenómeno social y de sus consecuencias.

Esta investigación logra brindar información sobre la forma en la que los mitos del amor romántico intervienen en la generación y aceptación de la violencia de pareja adolescente. Por consiguiente, demuestra la importancia de desmentirlos para favorecer la formación de relaciones de parejas saludables. No obstante, la data recolectada estudia la influencia de estos mitos desde la heteronormatividad, por lo que las conclusiones únicamente son aplicables a relaciones heterosexuales. La limitación anterior implica que los resultados planteados no son totalmente concluyentes.

Los Mitos del Amor Romántico en la Adolescencia

Este primer capítulo se centra en analizar y relacionar las variables “adolescencia” y “mitos del amor romántico”. Para ello, en el primer sub capítulo se explica esta etapa, a partir del surgimiento de la identidad e interés por la relación de pareja. En primer lugar, se describe su desarrollo durante este periodo según la teoría “identidad vs confusión de roles” de Erikson (citado en Feldman et al., 2012). Además, se explica cómo contribuye la socialización diferenciada en la tarea de construir la identidad. En segundo lugar, se explica el desarrollo del interés en la relación de pareja debido al incremento hormonal, su importancia en el mundo social y su contribución a la definición de su identidad sexual (Castillo y Quishpe, 2017).

Con esta variable clara, en el segundo sub capítulo, se explican las creencias socialmente compartidas sobre el amor verdadero: el romántico en la adolescencia (Yela, citado en Ferrer y Bosch, 2013). Para lograrlo, primero se describe este tipo de amor desde las teorías del triángulo del amor de Sternberg, el apego y la tipología del amor de Lee (Sternberg, 1989). Luego, se identifica su papel en la configuración de la identidad al ser asimilados en diferente medida y forma por los adolescentes en razón de su género (Lucariello, 2012).

La Etapa de la Adolescencia

La adolescencia es la etapa del desarrollo humano que comprende entre los 10 y 19 años, caracterizada por una serie de cambios físicos, cognoscitivos, emocionales y sociales (Feldman et al., 2012). En este periodo se identifican dos fases: adolescencia temprana y adolescencia tardía. La primera, que se extiende hasta, aproximadamente, los 14 años, se evidencian repentinos cambios corporales y conductuales, debido a una reorganización radical de redes neuronales. La segunda, que abarca entre los 15 y 19 años, el cuerpo y el cerebro continúan desarrollándose, a pesar de que los cambios más importantes se consumaron.

Asimismo, es en la adolescencia tardía cuando aumenta la capacidad de pensamiento crítico y se comienza a ser consciente de la identidad propia (Castillo y Quishpe, 2017).

En líneas generales, con la adolescencia comienza el proceso de maduración física, cognoscitiva y psicosocial. Para empezar, a nivel físico, el cuerpo madura para alcanzar la capacidad reproductiva, producto del aumento en la producción hormonal. En adición, a nivel cognoscitivo, a pesar de la todavía inmadurez cerebral, se desarrolla la capacidad del pensamiento abstracto, crítico y reflexivo, con implicaciones emocionales y morales. Por último, a nivel psicosocial, se vuelve tarea principal la búsqueda de la identidad, la cual posee una dimensión sexual (Feldman et al., 2012). Esta última área de desarrollo se vuelve una de las más importantes, dada la necesidad del sentido de pertenencia y autodefinición personal del adolescente.

El Desarrollo de la Identidad en la Adolescencia

La identidad es un proceso de integración y asimilación de elementos significantes obtenidos en la experiencia social, que permitan el reconocimiento de una imagen unificada de sí mismo (Chala y Matoma, 2013). Es decir, el individuo recoge información de las dinámicas sociales que ha entablado, desde temprana edad, para definirse y diferenciarse como persona. Por ende, dicho proceso es prioridad en la adolescencia porque el ser consciente del tránsito entre la niñez y la adultez implica tomar importantes decisiones (Tesouro et al., 2013). Lo anterior es posible debido a la adquisición del pensamiento abstracto, mismo que es producto del desarrollo cognoscitivo. Además, este le otorga al adolescente la capacidad de pensar sobre sí mismo, reflexionar sobre sus valores y creencias, meditar acerca del futuro, y definir su papel en la sociedad (Castillo y Quishpe, 2017).

La búsqueda por completar dicha tarea genera tensiones en el adolescente, quien tiende a confundir su identidad en el proceso de construcción de la misma. Por ello, Erickson identifica a esta etapa como “identidad vs confusión de roles” (Feldman et al., 2012).

Adicionalmente, la crisis experimentada busca ser solucionada mediante la exploración y compromiso. Por un lado, el adolescente examina diversos objetivos y creencias para encontrar aquellos que concuerden con los intereses personales. Por otro lado, el compromiso conlleva el mantenimiento de la elección, resultado del proceso de exploración, que guiará su vida y le dará un propósito (Tesouro et al., 2013). Entonces, si se realiza de manera satisfactoria, el individuo logra clarificar su identidad y resolver la crisis.

El logro de identidad es uno de los cuatro estatus de identidad, que se diferencian por el grado de exploración y compromiso manifestado (Marcia, citado en Zacarés et al., 2009). El primero es la identidad difusa, la cual no presenta un nivel de exploración ni compromiso significativo. El segundo se denomina identidad hipotecada y se caracteriza por el compromiso sin una exploración previa. En este sentido, se asumen roles y valores aprendidos en la infancia. El tercero es la identidad moratoria, misma que se diferencia por presentar una exploración activa con escaso o nulo compromiso. El último estatus se comprende como logro de la identidad, puesto que el adolescente culminó la exploración y ha entablado firmes compromisos (Feldman et al., 2012; Tesouro et al., 2013).

Estos estatus no son evolutivos, pero existe cierta tendencia progresiva en la construcción de la identidad, a casusa de la madurez del individuo (Zacarés et al., 2009). Por ejemplo, los autores citados previamente exponen que la identidad moratoria se asume como previa a alcanzar la identidad. Del mismo modo, se reconoce que la cantidad de adolescentes con logro de identidad aumenta cuando estos son mayores. Lo anterior se explica por la experiencia que se ha acumulado hasta el momento, de la cual el sujeto obtuvo diversos significados que podrá asimilar para auto-reconocerse (Chala y Matoma, 2013). Por lo tanto, la socialización es crucial para la consolidación de una identidad sólida que refuerce positivamente al sujeto para para superar los problemas propios de la adolescencia.

En la adolescencia, debido a que se comienza a tomar conciencia sobre el género de pertenencia, incrementan las presiones sociales para el ajuste de su conducta y apariencia a las normas culturales (Castillo y Quishpe, 2017). Siguiendo esta idea, el estado influenciado del adolescente favorece la interiorización sin cuestionamientos de aprendizajes adquiridos distintamente desde la infancia, en razón de su género: socialización diferenciada. Al respecto, este último concepto incluye la enseñanza de comportamientos, roles y demás estereotipos de género (Ferrer y Bosch, 2013). Es por este motivo que influye en la construcción de la identidad de los y las adolescentes. A modo de ejemplificación, los estímulos que reciben los varones para desenvolverse en el ámbito público favorecen al desarrollo de su identidad política; en cambio, las mujeres tienden a no desarrollar esta área en la adolescencia, pues son orientadas hacia lo doméstico o privado (Zacarés et al., 2009).

En general, el estado de maduración mental del adolescente le permite asumir la siguiente etapa de desarrollo con un conocimiento mejor elaborado del mundo y de su persona. Para ello, antes tendrá que responder las siguientes preguntas para elaborar una definición de sí mismo: ¿quién es?, ¿cómo se siente?, y ¿qué hace consigo mismo? (Chala y Matoma, 2013). El concepto de uno mismo presenta una dimensión sexual, que forma parte importante para la vida del adolescente, ya que su expresión se define, en gran parte, por la cultura (Feldman et al., 2012). Además, una muestra de la búsqueda y confirmación de la identidad sexual es el establecimiento de vínculos románticos que caracterizan a esta etapa.

El Surgimiento del Interés en la Relación de Pareja en la Adolescencia

La relación de pareja consiste en el vínculo interpersonal diádico caracterizado por expresiones físico-afectivas con carga sexual como besos, abrazos, coito, entre otros (Nina, 2011; Cevallos y Jerves, 2018). En adición, estas manifestaciones particulares de cariño entre iguales son consentidas y recíprocas. En tal sentido, para entablar dicha relación, los individuos eligen a su compañero en base a la idealización personal de bienestar y placer que

se proyectan en el otro (Lucariello, 2012). Es decir, la decisión de ser miembro de una pareja es guiada por un sentimiento de complementariedad emocional y pasional, que facilita el descarte de opciones según la satisfacción en esos ámbitos.

Durante la adolescencia, comienzan a formarse las primeras relaciones de pareja en la vida del individuo, debido a los cambios fisiológicos y cognoscitivos que le permiten reconocerse como ser sexuado y fantasear sobre el amor (Viejo et al., 2013, McCarthy y Casey, 2008). De hecho, el despertar sexual es resultado del aumento de la producción hormonal de las glándulas endocrinas, específicamente de las hormonas luteinizante y folículo estimulante. En el caso de los varones, la primera se encarga de comenzar la secreción de testosterona y androstenediona. En el de las mujeres, la segunda da inicio a la menstruación con el incremento de progesterona y estrógeno (Viejo, 2014; Acosta et al., 2019; Kuula et al., 2020). Por consiguiente, de la maduración de los órganos sexuales, surge en el adolescente el interés por relacionarse con el sexo que le genera atracción.

La manera en la que se forman estas relaciones en la adolescencia tiende a consistir en cuatro fases. En primer lugar, la atracción física responde a gustos estéticos subjetivos y motiva el acercamiento a la persona. En segundo lugar, las primeras citas son entre grupo de pares, lo que permite la interacción en un ambiente seguro. En tercer lugar, la primera cita a solas implica interés implícito en entablar una relación. Finalmente, la consolidación de la pareja conlleva niveles más altos de compromiso e intimidad (Nina, 2011). No obstante, se reconoce que las relaciones en esta etapa generalmente son cortas, por lo que el grado de compromiso, si bien aumenta al iniciar la relación, va decayendo paulatinamente (Merino, 2016).

El formar parte de una pareja se vuelve relevante en la adolescencia, dado que ayuda a definir la identidad sexual y son fuente de refuerzos positivos en el mundo social. Por un lado, este tipo de interacción interpersonal le otorga al adolescente la posibilidad del

autoconocimiento, mediante la confirmación de orientación sexual y un medio para expresar su identidad de género (Viejo et al., 2013). Asimismo, fomenta la exploración de alternativas para la definición personal; por ejemplo, a través de compartir pasatiempos e ideas sobre el futuro (McCarthy y Casey, 2008). Entonces, la relación de pareja ayuda a identificar y confirmar características propias relacionadas no solo a la sexualidad del individuo, lo cual le permitirá superar con mayor facilidad la crisis que se experimenta en esta etapa. Ello explica por qué los adolescentes con pareja tiendan manifestar mejor desenvolvimiento en otros ámbitos (Nina, 2011; Merino, 2016).

Por otro lado, el adolescente en una relación es reforzado positivamente por su pareja y su grupo de pares. El primero se vuelve el principal soporte emocional ante los problemas de la vida cotidiana, alguien confiable que orienta, valida y acepta (Viejo et al., 2013; Kuula et al., 2020). Los autores citados explican que, en este periodo del desarrollo, comienza un distanciamiento de los padres como fuente de apoyo y ocupa su lugar el grupo de iguales. Dentro de ellos, la pareja se vuelve prioridad, dado el grado de intimidad que se comparte con ella (Cevallos y Jerves, 2018). El segundo favorece al desarrollo de autoestima del adolescente, al reconocerlo y posicionarlo en un estatus alto entre ellos, lo que sucede especialmente en la adolescencia temprana (Martínez, 2014). Al considerar el surgimiento del interés sexual y su asociación con madurez, se valora a quienes muestren capacidades y comportamientos relacionados con una edad superior a la propia.

En este sentido, estos aportes son percibidos y valorados por el adolescente, quien, independientemente de su género, asocia a la relación de pareja con confianza, comprensión, fidelidad, sinceridad, amor y alegría (Nina, 2011). En consecuencia, se puede percibir a la relación de pareja como una experiencia altamente positiva, lo que lleva a aumentar el tiempo destinado a estar juntos. Además, se entiende como una decisión autónoma y subjetiva. Sin embargo, el concepto sobre estas relaciones está fuertemente influenciado por la idea del

amor romántico, el cual se utiliza como guía para construirlas, mantenerlas y evaluarlas (Massa et al., 2011; Lucariello, 2012).

El Amor Romántico y sus Mitos en la Adolescencia

El amor es un sentimiento de afecto expresado en la conducta y dirigido a una figura significativa en la vida de la persona (Gurza, 2004). La concepción anterior identifica el componente biológico del amor; sin embargo, es importante considerar su dimensión cultural. Así pues, se puede entender al amor como construcción social, ya que se manifiesta de forma distinta en diversas culturas históricas y contemporáneas (Pascual, 2016). Por ejemplo, en el caso del amor de pareja, algunas sociedades aceptan conductas que se alejan de la hegemonía heterosexual y otras no, debido al concepto que se posee sobre el amor. Por lo último mencionado, se afirma que este sentimiento de vinculación afectiva, relacionado con la interacción, comunicación, deseo y respeto mutuo, está condicionado a las normas sociales (Lucariello, 2012).

Uno de los tipos de amor de pareja es el romántico, el cual se asume popularmente como ideal. Aunque, en realidad, representa una versión altamente idealizada del mismo, que perpetúa relaciones jerárquicas y busca mantener un modelo de pareja aceptado (Pinto, 2012; Marroquí y Cervera, 2014). Respecto a este punto, es resultado del hecho de que esta forma del amor se presenta como la única posible, invalidando las demás. Adicionalmente, se caracteriza por la sensación de emociones intensas y de bienestar al estar junto al otro. No obstante, presenta un conjunto de exigencias poco saludables para los involucrados; por ejemplo, la entrega total a la pareja, despersonalización y priorización del otro, e idealización del amante y de la relación misma (García y Gimeno, 2017).

El Amor Romántico según Teorías Psicológicas

En primer lugar, la tipología del amor de Lee (1973) descompone este sentimiento en tres estilos primarios, cuyas combinaciones permiten el surgimiento de tres estilos

secundarios (Lucariello, 2012). Los estilos eros, storge y ludus corresponden al primer grupo. El primero, el amor erótico, se caracteriza por una intensa atracción física y excitación emotiva. El segundo es el amor, storge, se basa en el afecto, intimidad y amistad, construido lento y cuidadosamente. El tercero, ludus, consiste en múltiples relaciones con poca implicación emocional y compromiso (García y Gimeno, 2017). En cuanto al segundo grupo, están incluidos los estilos manía, pragma y ágape. Para empezar, el amor manía, que es combinación de Eros y Ludus, es inseguro, posesivo y necesita confirmar que es querido constantemente. Sobre pragma, conformado por Ludus y Storge, busca racionalmente a una persona compatible con sus ideales. En cuanto a ágape, resultado de Eros y Storge, se caracteriza por el autosacrificio en favor de la pareja (Resurrección y Córdoba, 2020).

Según estos conceptos, el amor romántico se entendería como amor erótico. Esto debido a que se tiene una representación de la pareja perfecta, que despierta fuertes emociones ligadas a lo sexual y sentimental (Lucariello, 2012). En otras palabras, la idealización y altas expectativas sobre el amor, características del amor romántico, se asemejan al estilo de amor generado por Eros. Además, ambos se asocian a la atracción inmediata, ya que prioriza la satisfacción del deseo físico y luego el emocional (Pinto, 2012). No obstante, como menciona este autor, los individuos que aman de esta manera no temen enamorarse y sienten seguridad con la pareja.

En segundo lugar, la teoría del triángulo del amor de Sternberg explica al amor reconociendo tres componentes claves: intimidad, pasión y compromiso. En primer lugar, la intimidad es el ingrediente emocional que motiva el acercamiento, vínculo y conexión. Asimismo, está relacionado con la sensación de bienestar, felicidad, seguridad, empatía y comunicación. En segundo lugar, la pasión es el componente erótico, el cual despierta el deseo y atracción. Este último puede relacionarse con necesidad de autoestima, pertenencia y satisfacción sexual. Por último, el compromiso es el ingrediente cognoscitivo del amor,

mismo que lleva a mantener la relación de pareja a futuro. Dicho de otro modo, voluntariamente se elige permanecer junto a una persona para vivir la experiencia del amor (Sternberg, 1989; Pinto, 2012).

Bajo esta perspectiva, el amor romántico sería una combinación de pasión e intimidad. Por un lado, la presencia del primero explicaría la manifestación de emociones intensas y la constante atracción sexual. Por otro lado, el segundo ingrediente justifica la fuerte conexión emocional y sensación de bienestar, generada al estar junto a la pareja (Merino, 2016). Asimismo, la falta de compromiso permite comprender por qué las relaciones románticas suelen terminar con facilidad y en un periodo relativamente corto. En realidad, se podría entender al amor romántico como un tipo de cariño con atracción física, que provoca en las personas una fuerte conexión emocional y pasional (Sternberg, 1989).

Finalmente, la teoría del apego analiza la conducta del individuo en relación duradera con las personas de su entorno. Además, pretende comprender y explicar la influencia de la relación con el cuidador, durante la infancia, en la manera vincularse con posteriores figuras significativas (Gurza, 2004). En relación a ello, el apego puede ser entendido como una actitud de amor hacia una persona que le genera a la individuo sensación de proximidad y seguridad (Pinto, 2012). Así, el sujeto manifestará un vínculo particular en relación a su figura de apego, el cual se denomina tipo de apego. Al respecto, existen cuatro de estos últimos. El primer estilo es el seguro, caracterizado por la confianza, seguridad y dependencia. El segundo se denomina ansioso ambivalente, generado por la incertidumbre por la disponibilidad de la figura de apego. El tercero es evitativo, el cual presenta rechazo y mayor independencia. Por último, el temeroso responde desorganiza e impredecible (Lucariello, 2012).

Según esta teoría, el amor romántico puede ser entendido como un modo de apego que se establece con la pareja. Esto porque, según dicha teoría, uno de los componentes de la

conducta es la cognición (Gurza, 2004). El autor citado explica que en la interacción se crean modelos mentales que la persona atribuye al sujeto de apego. En tal caso, los individuos tienden a proyectar ideales o expectativas, adquiridas en el contexto social, en su pareja. Asimismo, dichas representaciones de lo que se espera del amor suelen estar relacionadas con la experiencia resultante del tipo de relación que se tuvo con los cuidadores (Sternberg, 1989). Con relación a ello, la interpretación del amor romántico podría estar condicionado al tipo de relación durante la infancia; sin embargo, en esta interpretación también influyen una serie de discursos sobre esta forma del amor.

Los Mitos del Amor Romántico en la Adolescencia

Para que el amor romántico sea asimilado por los miembros de la sociedad, se construye una serie de mitos, que, al ser reproducidos en masa desde el comienzo de la socialización, son interiorizados sin cuestionamiento previo. De esta manera surgen los mitos del amor romántico (Rodríguez-Castro et al., 2012). Estos son un conjunto de creencias socialmente compartidas sobre lo que verdaderamente es el amor y tienden a ser irracionales e imposibles de cumplir (Yela, citado en Lucariello, 2012). En otras palabras, ofrecen una visión idealizada del amor, la cual estipula lo que se debe sentir y lo que se espera de la otra persona, aspecto que contrasta con lo que le ofrece su pareja. Como resultado de esta perspectiva idealizada del amor, se generan grandes desilusiones, debido a la disonancia entre lo que se asume que el amor debe ser y la realidad (Ferrer y Bosch, 2013).

Estas creencias parten de la supuesta naturaleza incompleta de las personas y fomentan la búsqueda del amor para alcanzar la felicidad plena y realización personal (Resurrección y Córdova, 2020). Así pues, existen cinco mitos que pueden ser clasificados según la idea que transmiten. El primero que destaca es el mito de la media naranja, mismo asegura la existencia de alguien destinado a amar a cada persona. El segundo se denomina omnipotencia del amor y afirma que este sentimiento lo puede todo. El tercero propone a los

celos como demostración de amor, preocupación e interés hacia la pareja. El cuarto refiere a la equivalencia, que confunde el enamoramiento con el amor y cree que la sensación inicial deber perdurar para siempre. El último, el del matrimonio, propone que el amor verdadero conduce necesariamente a desposarse (Merino, 2016; García y Gimeno, 2017).

En la adolescencia, el sujeto asimila con mayor facilidad estos mitos, ya que, por estar atravesando una crisis de identidad, se vuelven un importante receptor de dichas narrativas. Durante este periodo, el consumo de productos culturales aumenta, como la música, literatura y audiovisuales. Los anteriores sirven como una de las fuentes principales de información sobre el amor (Lara y Gómez-Urrutia, 2019). En concreto, en la mayoría de ellos, se representan relaciones que cumplen con estos mitos y son percibidas como perfectas, por lo que los adolescentes aspiran a ellas (Pascual, 2016; Nava-Reyes et al., 2018). Los autores citados previamente explican que, a través de este tipo de socializadores, se moldea la subjetividad del consumidor, inexperto en relaciones, para percibir un determinado modelo de pareja como ideal, en el cual hombres y mujeres tienen un rol definido.

Como resultado de la socialización diferenciada, los adolescentes de ambos géneros interiorizan los mitos del amor románticos en distintos grados, lo que implica que no compartirán el mismo significado del amor (Ferrer y Bosch, 2013). En relación a esto último, el adolescente desarrollará, en función de su identidad de género, un comportamiento, y expectativas de la relación y de la pareja. Con respecto a esto, en el caso de las chicas, suelen presentar mayor idealización del amor, debido a que aceptan, con mayor frecuencia, el mito de la media naranja y la omnipotencia del amor (Lucariello, 2012; Merino, 2016). Además, lo anterior se conecta con el hecho de que ellas tienden a manifestar el amor al estilo ágape, lo que las conduce a una conducta altruista y despersonalizada en beneficio de su pareja (García y Gimeno, 2017).

En contraste, en el caso de los chicos, se evidencian mayores niveles de romanticismo, producto de la idea de la caballerosidad necesaria para el cortejo, y una mayor predisposición a aceptar el mito de la pasión eterna (Viejo, 2014; Lara, Gómez-Urrutia, 2019). A su vez, esto conlleva adoptar un estilo de amor lúdico y pragmático. El primero de ellos, el amor lúdico, explica la tendencia masculina al disfrute de relaciones transitorias. El segundo, el amor pragmático, presenta como prioridad de encontrar a alguien que se adapte a sus necesidades y expectativas a futuro. Sin embargo, es preciso destacar que la asimilación del mito de exclusividad y de los celos es asimilada sin distinción de género. El dato anterior indica que las y los adolescentes reconocen como verdaderos y valiosos estos comportamientos posesivos (Cevallos y Jerves, 2018). Al respecto, estas actitudes pueden interpretarse como un apego ansioso-ambivalente, generado por la falta de seguridad provocada por las expectativas relacionadas al comportamiento que debe mostrar la pareja.

Entonces, en tanto fomentan posiciones particulares en la relación y estilos diferentes de amar, los mitos del amor romántico se transforman en medios para la transmisión de roles de género (Merino, 2016; Nava-Reyes, 2018). A través de estos, se aprende que las adolescentes deberían ser pasivas y necesitadas de protección, mientras que los adolescentes varones tendrían que ser dominantes, protectores y fuertes. Al tener en cuenta lo anterior, se puede afirmar que estas creencias contribuye al desarrollo de la identidad del individuo, dado que le permite al adolescente identificarse y actuar según las pautas sociales con las que encuentre coherencia consigo mismo (Viejo, 2014). Pero, se debe destacar que estos estereotipos, si bien contribuyen a superar la crisis de identidad, perpetúan relaciones tradicionalmente asimétricas, dependientes e, incluso, inseguras

En suma, la adolescencia es un periodo conflictivo, durante el cual surgen cambios a nivel físico, cognoscitivo y psicosocial. Todos ellos se interrelacionan y garantizan la formación de la identidad del sujeto. A modo de explicación, la maduración sexual, generada

por el aumento de producción hormonal, y la adquisición de un pensamiento abstracto, resultado del reordenamiento neuronal, permiten el auto-reconocimiento. Asimismo, la construcción y definición de la identidad se vuelve imprescindible para resolver los problemas a los que se debe afrontar para asumir la adultez. En tal sentido, parte fundamental del proceso de autodescubrimiento es la confirmación de la identidad sexual. Esta última está formada por la orientación sexual, identidad de género y expresión del mismo. Cabe mencionar que, para cumplir con dichas necesidades, la relación de pareja se presenta como el medio más eficiente, al considerar los beneficios obtenidos a nivel intrapersonal e interpersonal.

No obstante, es preciso destacar el hecho de que el desenvolvimiento de los adolescentes en las relaciones de pareja es influenciado fuertemente por el concepto del amor romántico. Esta forma de amar responde a valoraciones de un contexto socio-histórico determinado; por ello, es importante entender la dimensión socio-histórica de este sentimiento. Al respecto, con la finalidad de garantizar su interiorización, se crean mitos sobre este que lo presentan como la única y verdadera forma de experimentar el amor. Además, dichas creencias son irreales y generan grandes desilusiones en al contrastar sus expectativas con la realidad. Sin embargo, los y las adolescentes aceptan estos ideales, aunque, por la socialización diferenciada, los manifiestan de maneras distintas. Entonces, durante esta etapa, el sujeto está influenciado por estos mitos que le indican un modo particular de relacionarse con su pareja amorosa, ya que se identifica con uno de los roles asignados.

La Influencia de los Mitos del Amor Romántico en la Aceptación de la Violencia de Pareja Adolescente

En el segundo capítulo, se conectarán las variables exploradas en el capítulo anterior con la aceptación de la violencia de pareja en la adolescencia. Para cumplir con este objetivo, el primer sub capítulo aborda este fenómeno social durante dicha etapa del desarrollo. Por un lado, se presentan los tipos de violencia de pareja adolescente: física, psicológica, coercitiva y sexual. Por otro lado, se exponen las consecuencias que produce su sufrimiento a corto y largo plazo en la vida del individuo (Echeburúa et al., 2009).

Con todas las variables desarrolladas, el segundo sub capítulo aborda la influencia que poseen los mitos del amor romántico en la aceptación de la violencia de pareja en la adolescencia. Con este fin, primero se argumenta por qué se identifican a estos imaginarios románticos como facilitadores del surgimiento de la violencia física, permitiendo la transición imperceptible entre constantes limitaciones hacia el daño de la integridad corporal (Ferrer y Bosch, 2013). Luego, se explica la razón por la cual dichas creencias justifican la violencia de pareja adolescente, que, al ser legitimada, lleva a permanecer en una relación abusiva y negar evidentes agresiones (Lucariello, 2012; Merino, 2016).

El Fenómeno de la Violencia de Pareja en la Adolescencia

La violencia de pareja se caracteriza por la relación afectiva consentida entre agresor y víctima, por ende, comprende la relación abusiva entre esposos, parejas esporádicas y novios (Echeburúa et al., 2009). Sin embargo, debido a distintas variables como la edad o la convivencia, la violencia en el noviazgo se diferencia de las demás, sobre todo, al relacionarse con la inmadurez de sus integrantes (Viejo, 2014; Águila-Gutiérrez et al., 2016). A pesar de que este fenómeno social se percibe como bilateral en el noviazgo adolescente, diversos estudios encuentran una fuerte tendencia a que el rol de victimario es asumido por los varones

y el de víctima, por las mujeres (Lucariello, 2012; Ferrer y Bosch, 2013; Bonilla y Rivas, 2018; Resurrección y Córdova, 2020).

Asimismo, existen factores de riesgo que permiten predecir la violencia en el noviazgo como el consumo de drogas, en especial alcohol, y haber sido víctima de abuso en la infancia (Feldman et al., 2012). Así, estos factores refieren a la historia personal del individuo que eleva la posibilidad del surgimiento de la violencia agresiva. No obstante, para que esta se materialice, es necesario que el agresor haya asimilado creencias y valores ideológicos relacionados al amor, propios de la cultura, que le permitan desarrollar características posesivas y violentas (Echeburúa et al., 2009). En relación a ello, debido a los múltiples mecanismos para el ejercicio del maltrato en la pareja adolescente, es posible clasificarlos según la forma en la que el daño se ejecuta.

Los Tipos de Violencia de Pareja en la Adolescencia

El modelo de pareja en la etapa de la adolescencia es el noviazgo. Este se caracteriza por la escasa experiencia de sus miembros en interacciones amorosas formales, factor que lo diferencia del noviazgo adulto cuyo fin es el matrimonio (Viejo, 2014). Además, la convivencia de la pareja no es doméstica, pues ambos integrantes dependen económicamente de sus padres, lo que impide el ejercicio de la violencia económica. No obstante, en ella confluyen otros tipos de agresiones relacionadas a la violencia de género y la marital (Águila-Gutiérrez et al., 2016). Por un lado, la mayor tasa de victimización de la mujer en el noviazgo agresivo es un rasgo de la primera. Por otro lado, la prevalencia constante de esta situación, debido al vínculo con el victimario, se relaciona con la segunda. Por ende, dichas acciones dañinas en contra de uno de los miembros de la pareja pueden clasificarse en cuatro grupos que se explicarán a continuación.

En primer lugar, la violencia física refiere a aquellos actos que atentan contra el cuerpo o patrimonio de la otra persona (Águila-Gutiérrez et al., 2016). Es decir, incluye toda

acción que deje un daño visible en el cuerpo de la víctima o en algún objeto relacionado a ella. Con esta definición, se reconocen una serie de agresiones físicas como los forcejeos, pellizcos, empujones, bofetadas, golpes, palizas y cualquier tipo de acto violento dirigido al cuerpo de la pareja no relacionado con el componente sexual (Cava et al., 2015). Además, se tiende a aceptar a este tipo de violencia como la única manifestación de dicho fenómeno, entre los adolescentes y adultos (Rubio-Garay et al., 2015). Según los autores citados, esto es producto a que su reconocimiento no está condicionado a la subjetividad, sino que es fácilmente reconocible por los miembros de la pareja y personas externas.

En segundo lugar, se denomina violencia psicológica a toda conducta que busca reducir la autovaloración de la pareja (Sebastián et al., 2010). En relación a esto, dicho tipo de violencia se basa, mayormente, en el lenguaje verbal: gritos, humillaciones, insultos, críticas constantes, atribución de culpa, minimización deseos y sentimientos, entre otros (Olvera et al., 2012). Sin embargo, también se reconoce el empleo de lenguaje no verbal. Al respecto, la agresión identificada con frecuencia con relación a esto es ignorar a la pareja, lo que genera en ella inseguridad y angustia (Cerro y Vives, 2019). En adición, el maltrato psicológico es difícilmente reconocible tanto para el agresor, como para el agredido, ya que conlleva el entendimiento personal de lo que significa la violencia y qué acciones pueden ser toleradas (Rubio-Garay et al., 2015).

En tercer lugar, la violencia coercitiva se caracteriza por ejercer conductas de control del comportamiento y decisiones de la pareja (Lucariello, 2012). En este sentido, la persona que ejerce este tipo de violencia tiene como finalidad el cambio de determinados hábitos de la pareja, por otros que considere aceptables. Es por ello que la violencia coercitiva incluye mecanismos como la manipulación emocional y practicas invasivas como determinar una vestimenta adecuada o supervisar la ubicación de la pareja (Sánchez-Hernández et al., 2020). No obstante, el ambiente moderno en el que las relaciones adolescentes se desenvuelven le

ofrece recursos y nuevas formas de control. Dentro de estas resalta la revisión de redes sociales, la galería de fotos y el registro de llamadas (Águila-Gutiérrez et al., 2016).

Finalmente, la violencia sexual refiere a acciones de índole sexual cometidas sin consentimiento de la pareja, o mediante presiones físicas o psicológicas (Olvera et al., 2012). En otras palabras, este tipo de violencia consta de actitudes que logran imponer un acto sexual sobre la libertad individual del otro. En adición, cabe distinguir que este tipo de violencia engloba comportamientos que se pueden dividir en leves y graves. Por un lado, en el primer grupo se encuentran acciones como forzar besos, roces o tocamientos no consentidos (Echeburúa et al., 2009). Por otro lado, en el segundo grupo están presentes actos como no permitir la utilización de métodos anticonceptivos y la violación sexual, expresión extrema de esta dimensión de la violencia (Águila-Gutiérrez et al., 2016; Merino, 2016).

En la adolescencia, la violencia de pareja es bidireccional; es decir, ambos miembros ejercen el rol de victimario y de víctima, pero con mayor tendencia a que los varones realicen los actos más graves (Rubio-Garay et al., 2015). Además, estos autores identifican que la violencia psicológica-verbal y coercitiva son las más frecuentes en las relaciones amorosas adolescentes. No obstante, si bien no son comunes los casos de violencia severa, en esta etapa se tiende a desarrollar las primeras relaciones de pareja en un ambiente agresivo que no suele reconocerse como tal (Sánchez-Hernández et al., 2020). Lo anterior se debe, como se explicó anteriormente, a la influencia de la subjetividad individual. Sin embargo, se debe aclarar que convivir con este tipo de acciones provoca una serie de importantes consecuencias a quien las padece.

Las Consecuencias de la Violencia de Pareja en la Adolescencia

Sufrir violencia de pareja es significativo en la adolescencia, puesto que, además de las lesiones físicas que puede provocar, vuelve al individuo vulnerable a diversas amenazas presentes en el mundo social. De hecho, el riesgo aumenta al considerar la inmadurez

emocional en esta etapa (Cava et al., 2015). Además, las consecuencias que genera este fenómeno social en la vida de quien la sufre pueden clasificarse, según el momento en el que surjan, en inmediatas y a largo plazo. Cabe destacar que la mayoría de los efectos negativos de la violencia de pareja en la adolescencia se manifiestan a la par de la convivencia con ella (Feldman et al., 2012). Esto es favorable en tanto funcionan como señales de alerta para que personas externas a la pareja brinden ayuda a la víctima.

En cuanto a consecuencias inmediatas, en primer lugar, destacan las psicológicas como desórdenes alimenticios, estrés, ansiedad y depresión. Sobre los primeros, se ha identificado mayor tendencia a padecer anorexia y bulimia en víctimas de violencia de pareja, generalmente mujeres. Respecto a esto, los síntomas que ellas evidencian son evitar comidas, tener atracones y tomar laxantes (Sebastián et al., 2010). Sobre el estrés y ansiedad, se encuentra que son resultados de un estado de alerta del cuerpo ante la inseguridad provocada por el maltrato (Merino, 2016). Para terminar, se reconoce que los constantes actos de desvalorización, indiferencia y coerción podrían producir un cuadro severo de depresión. A su vez, este estado mental se relaciona con la asimilación de culpabilidad por las experiencias violentas vividas (Sebastián et al., 2010; Olvera et al., 2012).

En segundo lugar, en relación a lo último mencionado, ser víctima de violencia de pareja en la adolescencia disminuye el nivel de autoestima. Esto es producto de las frecuentes críticas y humillaciones a las que es sometido el miembro agredido (Echeburúa et al., 2009). Además, este factor se interpreta como riesgoso, dado que puede mantener el ciclo de la violencia en la relación (Bisquert-Bover, 2019). En otras palabras, la baja autoestima no solo es consecuencia de la violencia de pareja, sino que también favorece su reiteración. Adicionalmente, esto tiene implicancias en el desarrollo del adolescente en otros ámbitos de su vida como la escuela. De hecho, se ha identificado que las víctimas de violencia tienden a

presentar un bajo nivel académico, el cual se relaciona con el desgano y sensación de incapacidad (Rubio-Garay et al., 2015).

En tercer lugar, dentro de las consecuencias relacionadas con el comportamiento, resalta el aumento en la probabilidad de realizar conductas de riesgo. Dicho de otro modo, el padecer de violencia de pareja en la adolescencia puede favorecer el involucramiento en situaciones peligrosas y el consumo de sustancias dañinas para la salud (Cava et al., 2015). En este sentido, es frecuente que estos sujetos consuman mayores cantidades de tabaco, alcohol y drogas. Lo anterior encuentra una posible explicación en que estos fármacos provocan un bloqueo emocional, lo cual es percibido como positivo por la víctima de una constante violencia (Lucariello, 2012). En otras palabras, estos narcóticos funcionan como escapes momentáneos de la realidad abusiva, pero también podrían servir como estimulantes para la realización de conductas que en estado sobrio no serían posibles.

En cuanto a consecuencias a largo plazo, se reconoce que ser víctima de violencia de pareja en la adolescencia incrementa las posibilidades de sufrirla en relaciones futuras. Esto debido a que, al desarrollarse en un periodo de total inexperiencia, se percibe a la violencia como algo normal y se reproduce como un patrón en la vida de la víctima (Lucariello, 2012; Merino, 2016). Es por esta razón que la continuación de la violencia es significativa, considerando también que se ha identificado que la gravedad de la violencia aumenta con la edad (Olvera et al., 2012; Cava et al., 2015). Ello quiere decir que la peligrosidad de la violencia de pareja en la adolescencia trasciende esta etapa y puede incorporarse a la vida del agredido de manera permanente. Incluso, puede llegar al punto del homicidio, expresión máxima de la violencia conyugal (Echeburúa et al., 2009).

Por lo tanto, teniendo en cuenta los efectos negativos que conlleva el surgimiento de la violencia de pareja en este periodo del desarrollo, es importante identificar los factores de riesgo que permiten su aparición. Para ello, se reconocen características en cinco dimensiones

que deben tomarse en cuenta como posibles predictores de la violencia: sociodemográficas, intrapersonales, interpersonales y contextuales (Rubio-Garay et al., 2015). Los primeros factores se relacionan con la cultura, valores y creencias sociales. Los segundos, con la conducta en la comunidad. Los terceros son propios de la experiencia del individuo como haber sufrido violencia en la infancia o sido testigo de ella. Los últimos son situacionales e incluyen el consumo de alcohol y drogas (Echeburúa et al., 2009). Dado que el primer nivel influye en todos los habitantes de una sociedad, sin importar la experiencia personal, es el que conviene tener en cuenta para entender no solo el surgimiento de la violencia, sino también la aceptación de esta.

El Vínculo entre los Mitos del Amor Romántico y la Aceptación de la Violencia en la Pareja Adolescente

Los mitos del amor romántico son aprendidos de manera distinta por los adolescentes de ambos géneros, lo cual es resultado de su cercana relación con los estereotipos de género que naturalizan posiciones jerárquicas en la pareja (Lucariello, 2012; Ferrer y Bosch, 2013; Merino, 2016; Bisquert-Bover et.al, 2019). Por esta razón, mujeres y hombres presentan una fuerte tendencia a manifestar un tipo determinado de amor. Por un lado, las adolescentes suelen evidenciar el estilo ágape o altruista, el cual antepone las necesidades y deseos del otro a los propios (Lucariello, 2012). Por otro lado, los adolescentes varones demuestran un estilo pragma o racional, mismo que se caracteriza por la búsqueda de la pareja que mejor se adapte a los intereses personales (Rodríguez y Córdova, 2020).

En este sentido, si bien ambos responden al reconocimiento del adolescente como parte de un género, estos presentan determinados atributos que se complementan para formar una relación asimétrica. Al respecto, la asimilación sin cuestionamientos de dichos estereotipos, difundidos por los mitos del amor romántico, se debe a que, en esta etapa, el individuo busca protección y sentido de pertenencia (Pinto, 2012); ir en contra del mandato

cultural significa afrontar el rechazo de autoridades y pares. Entonces, estas creencias populares construyen socialmente el amor, encubriendo relaciones de dependencia, y lo presentan como verdadero para sostener una realidad excluyente (Blázquez et al., 2010). Sin embargo, es importante precisar que ambos integrantes de la pareja adolescente evidencian rasgos del estilo manía, debido al igual nivel de aceptación de los celos. Así, con este dato se explica que, en esta etapa, los sujetos desarrollen cierto grado de posesión e inseguridad (Cava et al., 2020).

Los Mitos del Amor Romántico como Facilitadores del Surgimiento de la Violencia de Pareja en la Adolescencia

Los celos son una emoción afectiva-sexual generada por la desconfianza, el miedo y la rabia por la posibilidad de perder a la pareja (Pinto, 2012). A propósito, las anteriores estimulan, principalmente, la posesividad y pueden provocar conductas violentas. De hecho, los celos, además de ser una manifestación de la violencia coercitiva, son la razón más frecuente del surgimiento de la violencia de pareja física (Ferrer y Bosch, 2013). Asimismo, se identifican tres tipos, según la intensidad de su presencia en la relación amorosa: sospechosos, consumados y patológicos. El primero hace referencia a la desconfianza de que una persona externa a la relación intente entrometerse en ella. El segundo se le denomina al deseo de controlar conductas, posesiones o relaciones del otro. Para terminar, el tercero es el más peligroso y refiere a la supuesta certeza de que la pareja le es infiel (Peña et al., 2019).

En la adolescencia, esta emoción generalmente se identifica en relación al recorte de libertades individuales y la supervisión de redes sociales. Por un lado, se presentan mediante la vigilancia de múltiples actividades, y el establecimiento de normas y restricciones (Cevallos y Jerves, 2018). A saber, estas incluyen exigir el reporte de la ubicación del otro, prohibir salidas a fiestas e indagar su rutina, mediante llamadas telefónicas. Por otro lado, los celos también motivan la invasión a la privacidad, sobre todo, de las redes sociales (Peña et

al., 2019). Estos autores explican que, primero, se solicita compartir sus contraseñas y mostrar conversaciones, como acto de confianza y demostración de fidelidad. Luego, el control propiamente dicho se relaciona con demandar eliminar o bloquear contactos, y restringir el contenido que la pareja publica. En los casos más graves, pueden llegar a eliminar su cuenta, lo que es una especie de aislamiento. Además, son la razón por la que inician la mayoría de sus peleas (Rubio-Garay et al., 2015).

A pesar de estas muestras de violencia coercitiva, los celos y sus implicancias no son percibidos como tales; en su lugar, se perciben como muestras de amor normales y necesarias (Bisquert-Bover et al., 2019). Ahora bien, esto es producto de su interpretación distorsionada provocada por las ideologías culturales, como los mitos del amor romántico. Particularmente, el mito de los celos los presenta como una norma emocional, que dicta lo que es normal y correcto sentir en un contexto determinado (Peña et al., 2019). En este sentido, dicha creencia concibe a este sentimiento como natural e inerte a las relaciones de pareja, razón por la cual no se cuestiona. Asimismo, este mito muestra a los celos como una demostración de amor auténtico, por lo que las conductas restrictivas se asumen como signos de preocupación y protección (Lucariello, 2012; Merino, 2016). Según estas autoras, ello resulta en que los adolescentes creen una separación ficticia entre celos positivos y negativos.

El mito de la exclusividad también se relaciona con la aparición y aceptación de los celos en la relación de pareja adolescente. En tanto se asuma como verdad el hecho de que solo es posible enamorarse de una sola persona, la relación de pareja se convierte en un contrato de exclusividad y posesión (Peña et al., 2019). Es decir, esta creencia fomenta la visión de la pareja como posesión privada, con lo cual se explicarían los celos y las reacciones violentas derivados de la ira que surge ante la percepción de riesgo de perder a la pareja. Es por ello que, ante la posibilidad de infidelidad, real o imaginaria, los celos suelen motivar conductas físicamente agresivas (Guillén et al., 2021). Por ende, estos sentimientos no solo

estimulan el ejercicio de violencia coercitiva, sino que permiten el tránsito a una con consecuencias más graves.

La transición entre estos dos tipos de violencia se entiende a partir de la teoría del laberinto de la violencia, en el que la víctima se introduce y pierde noción de la realidad (Ferrer y Bosch, 2013). Las autoras citadas sustentan que existen tres fases o círculos del laberinto que va atravesando, de menor a mayor peligrosidad, el miembro de la pareja agredido, quien generalmente es la mujer. El primero de ellos refiere al periodo en el cual se comienzan a imponer restricciones y a alejar a la víctima de sus grupos de apoyo, pero aún hay conciencia de la realidad. En el segundo círculo inician las agresiones físicas con un grado de aislamiento mayor, por lo que se tienden a pasar por alto y perdonar dichas acciones. El último se caracteriza por el ejercicio constante de violencia, de la cual es muy difícil salir y la manera de afrontarla tiende a ser la sumisión (Echeburúa et al., 2009).

Entonces, los mitos del amor romántico maquillan la violencia restrictiva, mediante la naturalización y valoración positiva de los celos. Así pues, estos últimos se hacen deseables, debido a que sirven como garantía de que el amor es recíproco (Águila-Gutiérrez et al., 2016). Por esta razón, los adolescentes pueden demandar lo que asumen como celos positivos, mismos que, en lugar de abrumar a la pareja, muestran que se le tiene interés. Además, facilitan el desarrollo de la violencia física, la cual implica mayores traumas a quien la padece (Guillén et al., 2021). No obstante, la peligrosidad de asimilar estas creencias sobre el amor no se limita a estos aspectos, sino que también se utilizan como justificantes de la violencia.

Los Mitos del Amor Romántico como Justificantes de la Violencia de Pareja en la Adolescencia

Los mitos del amor romántico deforman la realidad del amor y de las conductas agresivas, al volverlos, en ocasiones, equiparables (Bisquert-Bover, 2019). En consecuencia, los discursos interiorizados de equivalencia entre amor y sufrimiento suelen impedir que la

víctima sea consciente de la situación que afronta y justificarla en caso de que sí lo haga (Bajo, 2020). Por ende, las creencias sobre el amor sirven como argumento para ocultar, minimizar o perdonar la violencia, tanto para quien la ejerce, como para quien la sufre. En relación a lo anterior, se reconoce que estos ofrecen distinta interpretación del amor, relacionado a marcados estereotipos de género que favorecen la construcción de relaciones asimétricas (Ferrer y Bosch, 2013).

Al respecto, el amor que se inculca y exige a las mujeres, a través de los mitos del amor romántico, es la entrega total a la pareja, lo que implica sacrificio, dependencia y abandono personal (Picado et al., 2019). Las anteriores son características del amor ágape, por lo que las adolescentes aprenden esta forma de amar interiorizando estas creencias ligadas a estereotipos. En efecto, el rol que ellas cumplen en la relación es influenciado por modelos hegemónicos de parejas románticas, que consideran verdaderos rasgos esencialistas como la pasibilidad y el cuidado (Merino, 2016; Pascual, 2016). Según estos autores, ello facilita que adopten conductas de sumisión y despersonalización, convirtiéndolas en seres para otros con mayor vulnerabilidad a la violencia. Además, el peligro aumenta al considerar que su realización personal, según la sociedad, se logra cuando encuentra el amor (Bajo, 2020).

En el caso de los hombres, la tendencia a presentar el tipo de amor ludus y pragma puede explicarse por la aceptación de una supuesta naturaleza masculina independiente, fuerte y dominante (Rodríguez-Castro et al., 2016). Dichas características posibilitan el ejercicio de la violencia y explicaría la mayor tendencia de los varones a actuar de forma violenta. No obstante, los comportamientos de este tipo aparece de manera paulatina, pues los mitos dictan que, al inicio, ellos deben actuar de manera encantadora y romántica (Picado et al., 2019; Bajo, 2020). Por lo tanto, se evidencia una pauta para ser un caballero idealizado, pero el vínculo con estereotipos puede llevarlos a prácticas agresivas que se justifican apelando al romanticismo. Además, al igual que el caso de las chicas, ellos aprenden, desde la

socialización, a comportarse de esta manera y a demandar un rol opuesto a sus parejas (Lucariello, 2012; Ferrer y Bosch, 2013).

El primer mito que actúa como justificante de la violencia se conoce entre los adolescentes como media naranja, el cual asegura que el verdadero amor está predestinado (Pascual, 2016). El riesgo de aceptar este discurso radica en que se utiliza para negar, minimizar o disculpar ciertas conductas agresivas, dado que quien las realiza es el amor de su vida (Lucariello, 2012; Merino, 2016). Por ende, interiorizar que cada persona está destinada a estar junto otra es peligroso, en especial, para quien es más vulnerable de sufrir violencia: las mujeres. No obstante, son ellas quienes evidencian mayor tendencia a aceptar este mito, lo cual es entendible, teniendo en cuenta que son socializadas para idealizar el amor (Rodríguez-Castro et al., 2013). Además, en tanto se transmita una supuesta naturaleza del varón que lo predispone a realizar estos actos, sus acciones se perciben como entendibles y las víctimas buscan excusas en agentes externos e, incluso, en ellas mismas (Ferrer y Bosch, 2013).

El segundo mito directamente vinculado con la justificación de la violencia es la omnipotencia del amor. A modo de explicación, se debe mencionar que, al aceptar al amor como el único elemento necesario para solucionar los problemas que surjan en la relación, se tiende a perdonar la violencia con la esperanza de que la situación mejore en el futuro (Picado et al., 2019). En otras palabras, este mito ofrece una visión peligrosamente idealista y positiva del amor, que suele cegar a las víctimas para continuar en una relación abusiva. Ahora, si bien es cierto que los adolescentes de ambos géneros creen en esto, lo hacen en diferente medida. Por un lado, ellas afirman que son capaces de cambiar a su pareja solo con su amor verdadero, lo cual está relacionado con los roles de cuidadora abnegada a la que son asociadas. Por otro lado, ellos refuerzan esta creencia asegurando que, al entablar una relación romántica, se vuelven mejores personas (García y Gimeno, 2017; Cevallos y Jerves, 2018).

Finalmente, los discursos anteriormente mencionados se complementan con el mito que transmite la idea de que el amor es lo más importante y es sinónimo de felicidad. Dicho de otra manera, el amor romántico implica aceptar la búsqueda de la pareja ideal como meta de vida, en especial para las mujeres (Pascual, 2016). Esto es significativo al considerar que ellas reciben mayor presión social para dejar de ser solteras, lo que se evidencia en preguntas incómodas de familiares y amigos. Por ende, ser socializadas en una cultura que considera su condición de ser completo solo cuando forma parte de una relación posibilita su permanencia en una en la que prima el maltrato (Nava-Reyes, 2018; Merino, 2016). Por el contrario, esto no es experimentado por los adolescentes masculinos, lo cual implica que ellos pueden dejar una relación, violenta o no, sin ser juzgados, pues su realización personal se determina a partir de los logros obtenidos y no por el amor (Rodríguez-Castro et al., 2016).

En suma, la violencia de pareja en la adolescencia consiste en agresiones frecuentes que uno de los miembros ejerce sobre el otro. Ahora bien, en el noviazgo adolescente, el ejercicio del maltrato suele ser bidireccional, pero existe evidencia que sugiere que los varones suelen ejercerla en dimensiones mayores. Además, este fenómeno social puede clasificarse según la forma en la que se impone la violencia: física, psicológica, coercitiva y sexual. La primera de ellas es la que tiende a reconocerse como única forma de violencia. La segunda y la tercera son las más frecuentes en las relaciones de pareja adolescente, pero las menos reconocibles por ellos. La última no tiende a presentarse en sus relaciones. En adición, como consecuencias de sufrir violencia de pareja en esta etapa, se reconocen sus efectos inmediatos y a largo plazo. Por un lado, en el primer grupo están incluidas las consecuencias psicológicas, conductuales y académicas. Por otro lado, en el segundo se reconoce la probabilidad de sufrirla en relaciones futuras al normalizar estas actitudes.

Al respecto, para que la violencia se ejerza, se identifica como factores de riesgo las creencias socialmente compartidas, como los mitos del amor romántico. Esta narrativa sobre

el amor establece un modelo de pareja ideal en relación a marcados estereotipos sobre el género, que indican expectativas y roles para cada miembro de la pareja. De esta manera, se establecen maneras distintas de vivir el amor y que son asimiladas por los adolescentes. Ello es negativo porque estos discursos sobre el amor pueden generar la violencia física y justificar la violencia de pareja en sí misma. En relación al primer punto, los mitos del amor romántico legitiman el surgimiento de agresiones físicas, al calificar positivamente comportamientos coercitivos y validar su presencia en la relación. Además, de fomentar la idea de que el otro miembro es una posesión. Sobre el segundo, estos mitos deforman la realidad del amor y la violencia, por lo que funcionan como excusas para negar y perdonar los abusos. Asimismo, en tanto se asocian a características supuestamente naturales, mantienen a la mujer en una posición mucho más vulnerable.

Conclusiones

- Los mitos del amor romántico influyen negativamente en la aceptación de la violencia de pareja. Diversos estudios confirman que la asimilación de estos mitos ofrecen una visión distorsionada del amor y de la violencia ejercida en su nombre. Por eso, los adolescentes que creen en dichos mitos tienden a no reconocer comportamientos de violencia coercitiva, mismos que suelen desencadenar el maltrato físico. Asimismo, estas creencias sobre el amor son utilizadas como excusas para perdonar la violencia ejercida, permitiendo la permanencia de la víctima en una relación abusiva.
- La adolescencia es un periodo de cambios a nivel físico, cognoscitivo y psicosocial, que permiten la formación de la identidad del sujeto. Parte fundamental del proceso de construcción de la identidad es la confirmación de la identidad sexual, que está comprendida por la orientación sexual, identidad de género y expresión del mismo. Para ello, la relación de pareja se presenta como el medio más eficiente, al considerar los beneficios a nivel intrapersonal e interpersonal.
- El desenvolvimiento de los adolescentes en las relaciones de pareja está influenciado por el amor romántico, el cual es presentado como la verdadera forma del amor de pareja. Este se caracteriza por emociones intensas, y puede ser entendido como erótico, conformado por intimidad y pasión. Además, para lograr su asimilación, se crean un conjunto de mitos sobre él, que son irreales y tienden a idealizarlo. Dichas creencias son aprendidas diferentemente por la socialización en género.
- La violencia de pareja en la adolescencia consiste en agresiones constantes ejercidas por un miembro sobre el otro. A diferencia de lo que se creía, esta

suele ser bidireccional. Sin embargo, existe evidencia de que los varones suelen practicarla en dimensiones mayores. Asimismo, son más frecuentes la violencia psicológica y coercitiva, pero no suelen ser reconocidas como tales por los adolescentes. Además, sus principales consecuencias son inmediatas y están relacionadas a daños psicológicos. No obstante, se reconoce que padecerla aumenta la probabilidad de subirla en relaciones futuras.

- Las creencias socialmente compartidas, como los mitos del amor romántico, son reconocidas como factores de riesgo para que se ejerza la violencia. Estos mitos reproducen estereotipos de género, que dictan distintos roles, expectativas en la pareja y maneras de amar. Entonces, pueden generar la violencia física, al legitimar y valorar positivamente comportamientos coercitivos y posesivos, que suelen ser motivados por los celos. Además, equiparan los conceptos de amor y violencia, lo que lleva a justificar y personar los abusos.
- Esta investigación brinda información sobre cómo influyen los mitos del amor romántico en la aceptación de la violencia de pareja adolescente. Sin embargo, la data recolectada se enfoca únicamente en parejas heterosexuales, lo que significa que las conclusiones podrían variar en relaciones de pareja adolescente homosexuales. En este sentido, los resultados de la investigación no son completamente concluyentes.

Referencias

- Acosta, E., Ducuara, I. y García, L (2020). Construcción de la Identidad frente a Confusión de Roles en Adolescentes del Grado Sexto de una Institución Educativa de Facatativá. [Tesis de doctorado, Universidad de Cundinamarca]. <http://hdl.handle.net/20.500.12558/3071>
- Águila-Gutiérrez, Y., Hernández-Reyes, V. y Hernández-Castro, V. (2016). Las consecuencias de la violencia de género para la salud y formación de los adolescentes. *Revista Médica Electrónica*, 38(5), 697-710. <http://www.revmedicaelectronica.sld.cu/index.php/rme/article/view/1867>
- Bajo, I. (2020). La normalización de la violencia de género en la adultez emergente a través del mito del amor romántico. *Cuestiones de género: de la igualdad y la diferencia*, 1(15), 253-268. <http://revistas.unileon.es/index.php/cuestionesdegenero/article/view/6045>
- Bisquert-Bover, M., Giménez-García, C., Gil-Juliá, B., Martínez-Gómez, N., y Gil-Llario, M. (2019). Mitos del amor romántico y autoestima en adolescentes. *Revista INFAD de Psicología. International Journal of Developmental and Educational Psychology*, 5(1), 507-518. <https://doi.org/10.17060/ijodaep.2019.n1.v5.1633>.
- Blázquez, M., Moreno, J. y García-Baamonde, M. (2010). Mito del amor romántico en la tradición hispánica literaria y la violencia psicológica en la pareja. *Puertas a la lectura*, 1(22), 87-97. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6014074>
- Bonilla, E., y Rivas, E. (2018). Mitos del amor romántico en una muestra de futuros y futuras docentes. *Revista de estudios e investigación en psicología y educación*, 5(2), 113-117. <https://doi.org/10.17979/reipe.2018.5.2.3624>
- Castillo, R. y Quishpe, C. (2017). *Autoestima y Relación de Poder Asociados a Bebut*

- Sexual y Embarazo Precoz en Adolescentes Tempranas y Tardías que Acuden a Consulta Externa del Hospital Gineco Obstétrico Isidro Ayora de la Ciudad de Quito Periodo Febrero- Junio 2017.* [Tesis de posgrado, Pontificia Universidad Católica del Ecuador]. <http://repositorio.puce.edu.ec/handle/22000/13750>
- Cava, M., Buelga, S. y Carrascosa, L. (2015). Violencia física y psicológica ejercida entre parejas adolescentes: relación con el auto concepto y la violencia entre iguales. *Behavioral Psychology/Psicología Conductual*, 23(3), 429-446. <https://www.researchgate.net/publication/287388570>
- Cava, M., Buelga, S., Carrascosa, L. y Ortega-Barrón, J. (2020). *Relations among Romantic Myths, Offline Dating Violence Victimization and Cyber Dating Violence Victimization in Adolescents.* *International Journal of Enviromental Research and Public Health*, 17(5), 15-51. <https://doi.org/10.3390/ijerph17051551>
- Cerro, M., y Vives, M. (2019). Prevalencia de los mitos del amor romántico en jóvenes. *OBETS. Revista de Ciencias Sociales*, 14(2), 343-371. Doi: 10.14198/OBETS2019.14.2.03
- Cevallos, A. y Jerves, E. (2018). Las Relaciones de Pareja en los Adolescentes de Cuenca: Su relación con el machismo/marianismo. *Interpersona: An International Journal on Personal Relationships*, 1(2), 126-140. Doi: 10.5964/ijpr.v1i1i2.240
- Chala, L. y Matoma, L. (2013). *La construcción de la identidad en la adolescencia.* [Tesis de licenciatura, Universidad Pedagógica Nacional de Bogotá] <http://hdl.handle.net/20.500.12209/2535>
- Defensoría del Pueblo (2019). Se registraron 132 feminicidios en el 2020. [Nota de prensa] <https://www.gob.pe/institucion/defensoria-del-pueblo/noticias/322749-defensoria-del-pueblo-se-registraron-132-feminicidios-en-el-2020>
- Echeburúa, E., Fernández-Montalvo, j. Corral, P. (2009). *La predicción de la violencia*

contra la pareja. Generaliatat Valenciana.

- Feldman, R., Papalia, D. y Martorell, G. (2012). *Desarrollo humano*. Mc Graw Hi Education.
- Ferrer, V, y Bosch, F. (2013). Del amor romántico a la violencia de género. Para una coeducación emocional en la agenda educativa. *Profesorado. Revista de Currículum y Formación de Profesorado*, 17(1), 105-122. <https://www.redalyc.org/pdf/567/56726350008.pdf>
- García, C. y Gimeno, M. (2017). Creencias del amor romántico y violencia de género. *International Journal of Developmental and Educational Psychology*, 2(1), 47-56. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=349853220005>
- Guillén, X., Ochoa, J., Delucchi, g., León, E. y Folino, j. (2021). Celos y violencia en parejas de estudiantes de la Universidad de Cuenca, Ecuador. *Ciencias Psicológicas*, 15(1), 1-17. <https://doi.org/10.22235/cp.v15i1.2353>
- Gurza, E. (2004). *Diferencias entre Estilos de Apego y Amor Romántico en Adolescentes*. [Tesis de Licenciatura, Universidad de Puebla]. http://catarina.udlap.mx/u_dl_a/tales/documentos/lps/gurza_r_e/
- Instituto Nacional de Estadística e Informática (2019). *63 de cada 100 mujeres de 15 a 49 años de edad fue víctima de violencia familiar alguna vez en su vida por parte del esposo o compañero* [Nota de prensa] <https://www.inei.gob.pe/prensa/noticias/63-de-cada-100-mujeres-de-15-a-49-anos-de-edad-fue-victima-de-violencia-familiar-alguna-vez-en-su-vida-por-parte-del-esposo-o-companero-11940/>
- Kuula, L., Partonen, T. y Personen, A. (2020). Emotion relating to romantic love-further disruptors of adolescent sleep. *ScienceDirect*, 6(2), 159-165. <https://doi.org/10.1016/j.sleh.2020.01.006>
- Lara, L., y Gómez-Urrutia, V. (2019). Development and validation of the Romantic Love

- Myths questionnaire. *Journal of interpersonal violence*, 10(11), 1-18.
<https://doi.org/10.1177/0886260519892958>
- Lucariello, E. (2012). *Los tipos de amor y las dimensiones de apego en las mujeres víctimas del maltrato*. [Tesis de doctorado, Universidad de Extremadura].
<http://hdl.handle.net/10662/367>
- Marroquí, M. y Cervera, P. (2014). Interiorización de los falsos mitos del amor romántico en jóvenes. *Reidocrea*, 20(3), 142-146.
<https://digibug.ugr.es/bitstream/handle/10481/32269/ReiDoCrea-Vol.3-Art.20-Marroqui-Cervera.pdf?sequence=1>
- Martínez, J. (2014). Desarrollo personal, ambiente familiar y relaciones de pareja en la adolescencia. *Revista de Psicología Social: International Journal of Social Psychology*. 12(1), 59-78. <http://dx.doi.org/10.1174/021347497320892036>
- Massa, J., Pat, Y., Keb, R., Canto, M. y Carvajal, N. (2011). La definición de amor y dependencia emocional en adolescentes de Mérida, Yucatán. *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*. *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*, 14(3), 176-193.
<http://www.revistas.unam.mx/index.php/repi/article/view/27652>
- McCarthy, B. y Casey, T. (2008). Love, Sex and Crime: Adolescent Romantic Relationships and Offending. *American Sociological Review*, 73(6), 944-969.
<https://doi.org/10.1177/000312240807300604>
- Merino, M. (2016). *Sexismo, amor romántico y violencia de género en la adolescencia* [Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid].
<https://eprints.ucm.es/id/eprint/37571/>
- Nava-Reyes, M., Rojas-Solís, J., Greathouse, L. y Morales, L. (2018). Gender roles, sexism and myths of romantic love in Mexican adolescents. *The Interamerican Journal of Psychology*, 52(1), 102-111.

- <https://www.aacademica.org/dr.jose.luis.rojas.solis/35>
- Nina, R. (2011). Significado del amor en la adolescencia puertorriqueña. *Acta de investigación psicológica*, 1(3), 473-485.
<https://pesquisa.bvsalud.org/portal/resource/pt/lil-706792>
- Olvera, J., Arias, J. y Amador, R. (2012). Tipos de violencia en el noviazgo: estudiantes universitarias de la UAEM, Zupango. *Revista Electronica de Psicologia Iztacala*, 15(1), 150-171. <https://www.medigraphic.com/pdfs/epsicologia/epi-2012/epi121h.pdf>
- Pascual, A. (2016). Sobre el mito del amor romántico: Amores cinematográficos y educación. *Dedica. Revista de Educação e Humanidades*, 1(10), 63-78.
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5429358>
- Peña, J., Arias, L. y Boll, V. (2019). Los celos como norma emocional en las dinámicas de violencia de género en redes sociales en las dinámicas de pareja de estudiantes de Temuco, Chile. *Multidisciplinary Journal of Gender Studies*, 8(2), 180-203.
<http://dx.doi.org/10.17583/generos.2019.4223>
- Picado, E., Yurrebaso, A., Álvarez, S. Martín, F. (2019). Creencias sobre el amor romántico y violencia de género. Un estudio con víctimas y agresores en población penitenciaria. *Apuntes de Psicología*, 1(37), 47-52. <https://hdl.handle.net/11441/98459>
- Pinto, B. (2012). *Psicología del amor. Primera Parte: El Amor en pareja*. Universidad Católica Boliviana San Pablo.
https://www.researchgate.net/publication/256791293_Psicologia_del_amor
- Resurrección, E. y Córdoba, A. (2020). Amor romántico y violencia de género. *Trabajo social hoy*, 89(1), 65-81. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7430259>
- Rodríguez-Castro, Y., Lameiras-Fernández, M., Carrera-Fernández, M. y Vallejo-Medina, P. (2013). La fiabilidad y validez de la escala de mitos hacia el amor: las creencias de los

- y las adolescentes. *Revista de Psicología Social*, 28(2), 157-168.
<https://doi.org/10.1174/021347413806196708>
- Rubio-Garay, F., Carrasco, M., Amor, P. y López-González, M. (2015). Factores asociados a la violencia en el noviazgo entre adolescentes: una revisión crítica. *Anuario de Psicología Jurídica*, 25(1), 47-56. <http://dx.doi.org/10.1016/j.apj.2015.01.001>
- Sternberg, R. (1989). *El triángulo del amor: intimidad, amor y compromiso*. Paidós.
- Sánchez-Hernández, M., Herrera-Enríquez, M. y Expósito, F. (2020). Controlling Behaviors in Couple relationships in the Digital Age: Acceptability of Gender Violence, Sexism, and Myths about Romantic Love. *Psychosocial Intervention*, 29(2), 67-81. <https://doi.org/10.5093/pi2020a1>
- Sebastián, J. Ortiz, B., Gil, M., Gutiérrez, M., Hernáiz, A. y Hernández, J. (2010). La Violencia en las Relaciones de Pareja de los Jóvenes. ¿Hacia dónde caminamos? *Clínica Contemporánea*, 1(2), 71-83. Doi: 10.5093/cc2010v1n2a1
- Tesouro, M., Palomanes, M., Bonachera, F. y Martínez, L. (2013). Estudio sobre el desarrollo de la identidad en la adolescencia. *Tendencias Pedagógicas*, 2013, núm. 21(1), 211-224. <https://dugi-doc.udg.edu/handle/10256/9785>
- Viejo, C., Sánchez, V. y Ortega, R. (2013). The importance of adolescents dating relationships. *Psicothema*, 25(1), 43-48. Doi: 10.7334/psicothema2012.99
- Viejo, C. (2014). Physical dating violence: towards a comprehensible view of the phenomenon. *Infancia y Aprendizaje: Journal for the Study of Education and Development*, 37(4), 799-815. <http://dx.doi.org/10.1080/02103702.2014.977110>
- Zacarés, J., Iborra, A., Tomás, J. y Serra, E. (2009). El desarrollo de la identidad en la adolescencia y adultez emergente: Una comparación de la identidad global frente a la identidad en dominios específicos. *Anales de Psicología/Annals of Psychology*, 25(2), 316-329. <https://revistas.um.es/analesps/article/view/87931>